Facultad de Psicología | UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Presentación del Trabajo Integrador Final (TIF)
Licenciatura en Psicología

Estructura y función del amor fraterno en el autismo. Dos testimonios de sujetos autistas de alto nivel de funcionamiento.

Director/a: Piazze, Gastón Pablo
Evaluador/a: Carbone, Nora
Estudiante: Bartoli, Juan Simón
Legajo: 102927/9
Fecha de entrega:
Mail: juanbartoli123@gmail.com

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN..... 3

OBJETIVOS.....5

METODOLOGÍA..... 5

MARCO TEÓRICO..... 6

CAPÍTULO 1.....6

¿QUÉ ES EL AUTISMO? NOCIONES CLÁSICAS Y SU RELEVANCIA EN LA ACTUALIDAD.....6

Dos pioneros en la clínica del autismo: Leo Kanner y Hans Asperger..... 6

Leo Kanner y un abordaje lingüístico del autismo.....8

Hans Asperger y la pedagogía curativa..... 9

CAPÍTULO 2.....12

EL AUTISMO EN LA ENSEÑANZA DE LACAN..... 12

CAPÍTULO 3.....18

LA DIMENSIÓN DEL AMOR EN EL CAMPO DEL PSICOANÁLISIS.....18

ESTADO DEL ARTE.....22

CAPÍTULO 4.....22

LA PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA DE ORIENTACIÓN LACANIANA ACERCA DEL AUTISMO.....22

Forclusión del agujero: creación del neoborde..... 24

Goce del Uno y holofrase.....25

Otro de síntesis y doble.....28

CAPÍTULO 5.....30

EL AMOR EN EL AUTISMO..... 30

Hipótesis de trabajo.....30

Owen Suskind: una fascinación por las películas de Disney y la invención de un neoborde pulsional.....30

Jacqueline Leger: un no consentimiento a la vida inicial atenuado por el recurso a la escritura.....35

CONCLUSIONES..... 40

BIBLIOGRAFÍA..... 43

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo integrador final es resultado y parte del proceso formativo de la carrera de grado de la Licenciatura en Psicología de la Universidad Nacional de La Plata. En ese sentido se retoman algunas preguntas, dudas y lineamientos teórico-metodológicos iniciados y formalizados en el marco de la realización de una beca de estímulos a las vocaciones científicas (CIN) durante el transcurso del periodo 2021-2022. Esa experiencia de beca estuvo enmarcada en el Proyecto de investigación: "*Autistas y esquizofrénicos en el amor. Entre la particularidad de la estructura y la singularidad del caso*", acreditado por la Facultad de Psicología (UNLP) en los años 2020-2021.

Partimos de reconocer que, desde los aportes del campo de la psiquiatría clásica y del psicoanálisis, el autismo presenta como una de sus características fundamentales cierta dificultad en el establecimiento del lazo con los otros, plasmada en una peculiar tendencia al autoaislamiento. Es por ello que subrayamos la pregunta por el amor, allí donde el Otro resulta intrusivo y/o amenazante, y donde el registro de lo imaginario toma protagonismo en el tipo de elección amorosa: la narcisista.

Si la presencia del otro suscita en el sujeto autista una perturbadora vivencia de invasión que lo conduce a apartarse tenazmente de las relaciones interpersonales, ¿cómo pensar el amor en el autismo? Todo parecería apuntar a una relación de disyunción entre autismo y ese modo del lazo social al que se llama amor. Sin embargo, la experiencia muestra que ciertos sujetos autistas se enamoran, abrazan una vocación, aman a sus padres, amigos o hermanos e, incluso, emprenden el complejo camino analítico del amor de transferencia. Es el caso, por ejemplo, de John Elder Robison, que en su libro *Look Me in the Eye* (2007) da testimonio de su amor marital y filial, o el del amor de pareja de Donna Williams, mujer autista que nos brinda su relato en *Alguien en algún lugar. Diario de una victoria contra el autismo* (1994). También el de Temple Grandin, conocida por su enorme amor a los animales, redoblado en una exitosa vocación como etóloga. En esta serie, queda vacante el lugar del amor fraterno en el autismo, tema en torno al cual girará el presente trabajo.

Con el fin de responder la hipótesis planteada, este trabajo incluye un capítulo dedicado a la historia de Owen Suskind y otro que profundiza en el caso de Jacqueline Leger. Se trata, en ambos de sujetos autistas de alto nivel de funcionamiento que lograron abrirse al mundo luego de pasar largos periodos de desconexión con el afuera, y donde su particular relación con sus hermanos les permitió tal apertura y un posible modo de vinculación con los otros.

La metodología de estudio de casos y exégesis de textos permite realizar una articulación teórico-práctica, de acuerdo a lo estipulado en el artículo N°19 del Reglamento de Enseñanza y Promoción (REP) sobre modalidades de realización de TIF, y además posibilita tomar los aportes identificados en el proceso formativo provenientes de lo abordado en distintas asignaturas, particularmente de Psicopatología I y Psicopatología II. De esta manera, se realizó una lectura detallada de textos clásicos sobre la temática del autismo, así como también un trabajo de análisis de textos contemporáneos de psicoanálisis de orientación lacaniana.

El primer capítulo aborda la concepción clásica del autismo, que tiene como pioneros a Leo Kanner y Hans Asperger y sus respectivas definiciones del cuadro.

El segundo capítulo despliega algunos de los aportes realizados por Jacques Lacan en torno a la subjetividad autista que resultan de interés para este trabajo.

El tercer capítulo está dedicado a la dimensión del amor desde la perspectiva del psicoanálisis, particularmente a aquella que Freud denominó *fraternal*, y a su vez, se retoman las palabras de Miller en su texto *Los laberintos del amor*, que nos permiten arribar a una hipótesis acerca del lugar que ocupa el amor -en su vertiente imaginario/metonímico- en la apertura al mundo de los sujetos autistas.

El cuarto capítulo contiene un punteo sobre algunas nociones centrales de la perspectiva psicoanalítica lacaniana contemporánea sobre el autismo, priorizando los aportes de Eric Laurent y Claude Maleval.

El quinto capítulo se propone reflexionar acerca del lugar que el amor tiene en el autismo, a partir de los testimonios de Owen Suskind y de Jacqueline Leger, ambos sujetos autistas de alto nivel de funcionamiento cuyo lazo amoroso fraternal les permitió expandir su caparazón autístico.

OBJETIVOS

Objetivo general:

- Cernir la estructura y la función del amor fraterno en el autismo en sus fundamentos simbólico-imaginarios.

Objetivos específicos:

- Caracterizar el amor fraterno en el autismo a partir de la lectura de dos casos clínicos de sujetos autistas.
- Precisar el papel del amor fraterno en relación con el goce y con el lazo social en la singularidad de casos de sujetos autistas.

METODOLOGÍA

Habida cuenta de que la naturaleza del trabajo propuesto es básicamente teórico-clínico, los recursos metodológicos considerados son:

a) Exégesis de textos: revisión comparada de escritos psiquiátricos clásicos y referencias psicoanalíticas de orientación lacaniana actuales sobre el tema del autismo y el amor.

Dicha comparación, de corte epistemológico, se realizará de la siguiente manera:

- Ubicación lógica y cronológica de los textos.
- Lectura crítica a partir de dos categorías de análisis: legalidad del Otro en el autismo, estructura y función del amor autista como síntoma.

b) Estudios de casos:

- Análisis cualitativo e instrumental de testimonios de sujetos autistas en quienes se verifica la dimensión del amor fraternal.
- Examen cualitativo e instrumental de casos extraídos de la bibliografía psiquiátrica y psicoanalítica en los que se interseca el amor fraternal y el autismo.

En ambos casos, los puntos más relevantes a considerar serán:

- La particularidad del amor fraterno en la estructura del autismo.
- La singularidad del amor fraterno como arreglo subjetivo en el caso por caso.

MARCO TEÓRICO

CAPÍTULO 1.

¿QUÉ ES EL AUTISMO? NOCIONES CLÁSICAS Y SU RELEVANCIA EN LA ACTUALIDAD

Dos pioneros en la clínica del autismo: Leo Kanner y Hans Asperger

La palabra *autismo*, proveniente del griego αὐτός, que significa 'uno mismo' o 'actuar sobre sí mismo', fue un término acuñado por Eugen Bleuler en el año 1911 para describir uno de los síntomas centrales de la esquizofrenia. En este contexto, se refería a una prevalencia del repliegue sobre sí mismo y a la predominancia de la vida interior, en detrimento de todo contacto con el mundo exterior. Será recién a mediados del siglo XX que Leo Kanner y Hans Asperger, provenientes de la psiquiatría austríaca, hagan suyo el término para dar origen a lo que se conoció como el llamado síndrome de "autismo infantil temprano". Estos autores tomaron el concepto inicial definido por Bleuler, pero marcaron una distancia al ubicar la presencia del cuadro en niños pequeños. Además, destacaron que la sintomatología característica estaría presente desde los comienzos de la vida. A diferencia del derrotero esquizofrénico, que conlleva un progresivo deterioro del psiquismo y la personalidad global, con la presencia de descompensaciones en diferentes momentos de la vida, según se detalla en los textos clásicos de la psiquiatría. Tanto Kanner como Asperger se ocuparon, -si bien por caminos separados- de establecer la sintomatología característica del autismo en su especificidad, mediante un estudio riguroso y el abordaje de un amplio abanico de casos. Es así que, en el año 1943, Kanner definió la perturbación patognomónica del cuadro como una "incapacidad para relacionarse de forma normal con las personas y situaciones desde el comienzo de la vida" (p. 20). De esta manera destacaba la marcada tendencia de los sujetos con autismo a ensimismarse, aislándose de los demás, evitando cualquier tipo de contacto con otros seres humanos. Una década más tarde, y a raíz de un material clínico mucho más vasto, el autor agregaría un segundo síntoma patognomónico, definido como una “insistencia obsesiva en la igualdad” (1955, pp. 77-78), un deseo obsesivo por mantener invariable el ambiente que limitaba

sobremanera las actividades espontáneas de estos niños. Este segundo síntoma terminaba por dividir las aguas entre el cuadro de esquizofrenia infantil y el de autismo infantil temprano.

Resulta oportuno señalar la intuición kanneriana sobre la función defensiva que los denominados *aloness* y *sameness* tenían en la economía subjetiva del autista: en efecto, ambos síntomas se conjugaban para mantener a raya el profundo malestar acarreado por el acercamiento de los semejantes, generalmente experimentado como una intrusión. Es por ello que Kanner enfatiza el intento de estos niños de contrarrestar su radical soledad autística, "valiéndose de las ganancias hechas con sus preocupaciones obsesivas para abrir una puerta hacia el contacto" (1972, pág. 210). En efecto, lo mismo que inicialmente permite al sujeto autista *aislarse* de un entorno que resulta amenazante, puede a veces convertirse en elemento mediador de una apertura al mundo, una piedra de toque para aventurarse en el terreno de las relaciones interpersonales. Ejemplo de ello es el caso de Donald Triplett, el *paciente cero* de este autor, a quien su afición monolítica por los números, en principio cerrada a toda dialéctica, le permitió luego acceder al vínculo amistoso con pares y *amar* su trabajo como cajero de banco. Otro caso paradigmático que da cuenta de este valor paradojal de la defensa autista es el de Temple Grandin, quien diseñó una 'máquina de abrazar' con el objetivo de calmar su estrés o angustia en su época de estudiante universitaria; creación ingeniosa que terminó por tener reconocimiento internacional y ser utilizada para tranquilizar al ganado vacuno en diferentes países del mundo.

Por su lado, en el año 1944, Hans Asperger, en su trabajo *Psicopatía autística en la infancia*, puso el acento igualmente en la gran dificultad que estos niños presentan para establecer un lazo con el prójimo. De esta forma, elevó a síntoma fundamental la clausura de las relaciones entre el sí mismo y el mundo circundante, tal como lo remarcó para los casos de esquizofrenia. El síndrome autista se completaba con una búsqueda ansiosa por mantener la invariabilidad del entorno, una atracción fascinada por los objetos, ciertos islotes de competencia y los trastornos en el lenguaje, todas manifestaciones de aparición precoz en la vida del sujeto. Del mismo modo que Kanner, Asperger advirtió la activa posición de defensa de los autistas para sostener su aislamiento frente a un entorno vivido como amenazante y no dejó de observar, en algunos casos, la presencia de "compensaciones intelectualizadoras" que les allanaban el camino para relacionarse

con algunos objetos y personas de su ambiente. Por otro lado, un aporte central de Asperger gira en torno a su concepción de la evolución del autismo, donde lo esencial del cuadro permanecería invariable, es decir, ya desde los dos años de vida se encontrarían los rasgos característicos que luego permanecerían constantes a lo largo de toda la vida, con modificaciones en su presentación, pero idénticos en su perturbación de base.

Leo Kanner y un abordaje lingüístico del autismo

Entre los años 1946 y 1951, Leo Kanner publicó una serie de tres textos que muestran una gran originalidad a la hora de pensar las relaciones existentes entre el autismo y la estructura del lenguaje. Dichos textos son: Irrelevant and metaphorical language in early infantile autism (1946), Problems of nosology and psychodynamics in early infantile autism (1949) y The conception of wholes and parts in early infantile autism (1951). Estos escritos fueron traducidos a nuestro idioma por Gastón Piazze y Nora Carbone en el año 2023, y contienen una gran riqueza teórica y clínica. En ellos, Kanner mostró una mirada y una escucha perspicaces al demostrar que las ecolalias y expresiones lingüísticas de algunos de los niños autistas que estudió —que a simple vista parecían carentes de sentido— en realidad no eran superfluas, sino que, al contrario, revelaban una singularidad significativa, mereciendo así la atención de los demás. Este interés de Kanner por el llamado "lenguaje metafórico" de los sujetos autistas, compuesto por *restricciones lingüísticas*, *generalizaciones lingüísticas* y *analogías sustitutivas*, le imprime a su obra una enorme utilidad actual, ya que pone el acento en la estructura de lenguaje que da forma al síntoma, construyendo un puente con la perspectiva de la clínica psicoanalítica. De esta manera, restituye la dimensión subjetiva del niño autista, al percatarse de que éste tiene sus propias referencias privadas, originales, y que el interlocutor es quien debe hacer un esfuerzo por comprenderlas, rastreando la fuente, el origen de tales expresiones singulares.

Este abordaje lingüístico del autismo desafía la idea muchas veces adoptada por el sentido común e incluso por ciertas perspectivas teóricas, de que las personas con autismo carecen de lenguaje, y de que, en el caso de que hayan adquirido habilidades lingüísticas, sus expresiones correspondan a un sinsentido. En esta línea, el caso de Birger Sellin, conocido por ser la primera persona con un

diagnóstico de autismo grave en publicar un libro titulado: *No quiero seguir encerrado en mí. Carta desde una prisión autística* (1993) relanzó los interrogantes acerca del lugar que ocupan los otros y las posibilidades de establecer vínculos en estos sujetos. Además, puso en tensión las conceptualizaciones clásicas descritas por Kanner acerca de lo que denominó como *aloness* y la existencia de un deseo de soledad como síntoma característico.

Los capítulos siguientes, y específicamente el capítulo cinco, nos permiten poner de relieve la importancia que adquiere el hecho de discernir los particulares usos lingüísticos de los sujetos autistas, no solo para la aprehensión de su idiosincrasia, sino también para la intervención clínica: tal como lo veremos en el caso de Owen Suskind, la escucha atenta de sus dichos por parte de su familia permitió poco a poco restituir algo del lazo que se había perdido en los momentos de mayor repliegue del niño. Por su lado, el testimonio de Jacqueline Leger demuestra que el recurso a la escritura se convierte en muchas ocasiones en un aliado que posibilita a estos sujetos asumir una posición de enunciación mediada por la letra y una apertura al mundo menos padeciente.

Hans Asperger y la pedagogía curativa

A la hora de discernir la estructura y la función del autismo, Asperger puso en marcha una escucha clínica sensible y una observación detallista. Esto lo llevó a detectar que, en el amplio abanico de presentaciones de niños autistas, estos se diferenciaban enormemente entre sí. Lo hacían no sólo por la gravedad de sus síntomas o por sus heterogéneas habilidades intelectuales, sino además y de manera igualmente decisiva debido a "su personalidad y sus intereses especiales, que con frecuencia son llamativamente variados y originales" (Asperger, 1944, pág. 21). Por otro lado, el lugar que el autor otorgó a la posición del médico en el tratamiento de estos sujetos tiene un gran parentesco con los aportes que el psicoanálisis hará en años posteriores con su conceptualización de la transferencia en el dispositivo analítico. Asperger sostenía entonces que toda medida pedagógica debía conllevar una suspensión de los afectos y sentimientos propios, afirmación que tiene puntos de contacto con la regla psicoanalítica de abstinencia y el lugar que el analista debe ocupar en la transferencia. Su propuesta de pedagogía curativa consiste en una serie de recomendaciones al médico/educador, entre las cuales

pone de relieve que, al trabajar con niños autistas, el profesional debe saber entrar en el juego de los intereses del niño. Para ello, se volvía necesario tomar en cuenta los rasgos del cuadro clínico. En ese sentido, Asperger en su texto de 1944 destaca en estos niños su peculiar “mirada al vacío”, “como si no estuvieran allí”, y también las “abruptas y breves miradas periféricas” (pág. 4) que despliegan cuando alguien les habla. Por otra parte, pone de relieve de qué manera *la obsesión por seguir su propio camino* marca sus relaciones con el mundo de los objetos, o con temas de interés en los que “frecuentemente una muy limitada, circunscripta y aislada área especial puede mostrar un desarrollo hipertrófico” (Ibíd., 24). Cuestiones que revisten una gran importancia en relación a los pasos a seguir por parte del terapeuta, quien deberá ser sensible a estas manifestaciones por parte del sujeto para poder dirigir la cura. De alguna manera, la postura que asume Asperger para la clínica del autismo coincide con una dirección de la cura que se aleja de posicionamientos psicoeducativos, que fuerzan al sujeto a normalizarse, a abandonar sus *objetos autísticos*. Por el contrario, se acerca más a la ética del psicoanálisis, donde lo central es trabajar el caso por caso, en la singularidad que el analista reconoce en cada sujeto por el saber-hacer de éste último con el padecer que lo aflige.

Los aportes tanto de Kanner como de Asperger dan cuenta de una perspectiva clínica que se aleja de los posicionamientos deficitarios en el campo del autismo infantil, y cuyo horizonte está en priorizar la singularidad de cada sujeto. Este es concebido como alguien activo en el armado de sus defensas y síntomas, tanto en sus aspectos positivos como en sus aspectos negativos o más ligados al orden de la patología:

> Lo bueno y lo malo en una persona, el potencial para el éxito y el fracaso, sus aptitudes y déficits, son mutuamente condicionantes y emergen de la misma fuente. Nuestra meta terapéutica debe ser enseñar a la persona a sobrellevar sus dificultades. No consiste en eliminarlas, sino en enseñarle a afrontar sus desafíos especiales con estrategias especiales y a hacer que cobre conciencia no de estar enferma, sino de que es responsable de su vida (Asperger, 1938).

Tal como se intentará demostrar en los siguientes capítulos, la base construida excepcionalmente por los dos psiquiatras austríacos se enlaza y tiene numerosos puntos de contacto con los aportes del psicoanálisis pos-lacaniano, particularmente

en lo que atañe a las posibilidades de la clínica y al valor que adquiere el síntoma para cada sujeto. En este sentido, cabe mencionar la propuesta innovadora del psicoanalista lacaniano Eric Laurent (2013), quien desarrolló la llamada *clínica del circuito*, donde el objetivo central consiste en ampliar el mundo del sujeto autista a través de circuitos, de secuencias construidas en el marco del lazo transferencial entre el sujeto y el analista. Otro de los puntos de contacto entre los textos clásicos y el pos-lacanismo se vincula con su lectura acerca del saber-hacer del síntoma y de la función que cumplen las defensas extremas que muchas veces los sujetos autistas despliegan. Estas últimas, lejos de ser pensadas como la mera representación de un déficit, serán concebidas como parte de un primer movimiento activo por parte del sujeto, en el intento por modificar algo de su relación con el sufrimiento psíquico que lo aísla o lo perturba.

CAPÍTULO 2.

EL AUTISMO EN LA ENSEÑANZA DE LACAN

Las referencias más o menos explícitas al autismo de Jacques Lacan no son abundantes, no obstante lo cual resulta de interés para el presente trabajo retomarlas en su articulación con algunos de los desarrollos teóricos desplegados a lo largo de su obra. En las clases iniciales pertenecientes a los primeros seminarios, Lacan fundará su perspectiva teórica y delimitará lo que llamó los tres registros de la realidad humana: lo imaginario, lo simbólico y lo real. Estos primerísimos aportes son fundamentales, ya que suponen un modo particular de concebir la constitución subjetiva y los movimientos que llevarán (o no) a la construcción de un cuerpo en el sujeto en ese periodo de la vida conocido como estadío del espejo. En el Seminario I de los años 1953-1954, encontramos una serie de reflexiones y análisis acerca de dos casos clínicos de niños: el caso Dick, trabajado originalmente y publicado por Melanie Klein en el año 1930, y el caso Robert de Rosine Lefort y Robert Lefort explicitado en la lección del 10 de marzo de 1954 del Seminario 1. Si bien el autismo, como una presentación clínica distintiva y diferenciada de la esquizofrenia infantil, emerge formalmente durante los años 1943 y 1944 —tal como se mencionó en capítulos previos del presente trabajo—, resulta particularmente significativo y enriquecedor considerar las lecturas y elaboraciones teóricas realizadas por Lacan sobre estos dos casos clínicos. Los aportes lacanianos en este momento de su obra constituyen para la actualidad un verdadero punto de interés que habilita novedosas y profundas lecturas sobre la comprensión del autismo.

En relación al caso Dick, a partir de los aportes clásicos y con los avances teóricos y clínicos llevados adelante por lecturas psicoanalíticas, hoy podemos pensar e hipotetizar que este niño era un sujeto autista de aproximadamente cuatro años de edad. Lacan dirá del mismo que su "nivel general de desarrollo está entre los quince y los dieciocho meses" (1953, pág. 130). Podemos ubicar en este caso una problemática a nivel del estadio del espejo, una dificultad en el ingreso al mundo de lo simbólico que entorpecía el lenguaje: un vocabulario limitado, uso de neologismos y frases utilizadas de manera descontextualizada. Un punto fundamental para sostener esta hipótesis se encuentra en el hecho de que Dick no deseaba hacerse comprender ni comunicarse; se mostraba apático e indiferente a

los demás. El niño miraba a Melanie Klein como si fuera *un mueble más de la habitación*, cuestión que nos remite a los síntomas patognomónicos del cuadro autista. Aparecen además grandes dificultades en el desarrollo del juego en su carácter simbólico y compartido, que darían cuenta de algún tipo de lazo con el semejante. Por otro lado, se evidenciaría, según los dichos de Klein, una estrechez del mundo imaginario. Cuestiones estas que pueden ser sintetizadas en el hecho de que el niño no dirige ningún llamado, no establece ningún tipo de relación con los demás humanos; incluso, dice Lacan, "si se habla de niveles, estaría más bien por debajo del lenguaje" (1953, pág. 134). El hecho de que Dick no hubiera adquirido el lenguaje o se encontrara detenido a nivel de la palabra, sin proferir ningún llamado al Otro, tuvo consecuencias directas en la técnica empleada por Klein, debido a que esta analista privilegiaba la interpretación simbólica del juego en los niños para descifrar el contenido inconsciente presente en las actividades lúdicas, los sueños y los dibujos. Tal como se verá más adelante en el presente capítulo, este detenimiento en un nivel previo al lenguaje será aprehensible desde aportes posteriores de Lacan.

Por otro lado, el caso Robert o “niño del lobo”, trabajado por Rosine y Robert Lefort, también reviste una gran importancia para la clínica psicoanalítica actual, ya que testimonia las dificultades del sujeto autista en relación al armado de un cuerpo y las intervenciones analíticas posibles allí. Este caso nos demuestra que existen movimientos lógicos estructurantes del psiquismo que no se dan a priori y que en muchos casos directamente no logran producirse, teniendo efectos de magnitud variable para el sujeto. El caso Robert es denominado por el mismo Lacan como *grave*; se trata de un niño pequeño que atravesó sus primeros meses de vida en condiciones de gran vulnerabilidad, con un padre ausente y una madre diagnosticada con psicosis paranoica, incapaz de brindar los cuidados básicos, tanto biológicos como amorosos. Rosine Lefort señala acerca del niño: "Desde el punto de vista del lenguaje, tenía ausencia total de habla coordinada, gritos frecuentes, risas guturales y discordantes” y que sólo sabía dos palabras, profiriendo a la manera de un chillido: “¡Señora! y ¡El lobo!" (Lacan, 1953-1954, pág. 145). Además de estos trastornos del lenguaje, el niño presentaba, según indica Lefort, una serie de perturbaciones de diferente índole. Es así que manifestaba hiperactividad, movimientos bruscos y desordenados, y trastornos del sueño, además de crisis de agitación. Estos episodios surgían como respuesta a diversas actividades y

estímulos en la institución pública donde residía, como lo eran el vaciado del orinal, vestirse, la alimentación, la apertura de puertas, la oscuridad, los gritos de otros niños y los cambios de habitación. Además, la autora señala sobre Robert: "con el adulto era hiperagitado, indiferenciado, sin verdadero contacto" (ibíd, pág. 146), cuestión que nos remite a los aportes de los autores clásicos austriacos acerca de las perturbaciones en el contacto afectivo con los otros, reforzadas éstas por una tendencia al autoaislamiento.

Tanto el caso Dick como el caso Robert nos permiten hipotetizar acerca de los tres registros constitutivos de la realidad humana delimitados por Lacan. A esta altura de su obra, una de las conclusiones fundamentales es que tener un cuerpo va mucho más allá de la cuestión orgánica, biológica y conservativa, diferenciando así el cuerpo del mero organismo. El cuerpo mantiene una íntima relación con el narcisismo, el lenguaje y el goce, y las perturbaciones en la relación del sujeto con el Otro tendrán inevitables consecuencias en la construcción de la envoltura corporal, aspecto que se evidencia claramente en la clínica del autismo y las psicosis.

Resulta de interés retomar la hipótesis sostenida por Lacan en su Seminario I en relación a la existencia de una detención en el lenguaje presente en el niño Dick. Este planteamiento se enriquece con su concepto de *lalengua*, trabajado en su última enseñanza. Es así que en el Seminario XX Lacan dirá que “lalengua sirve para otras cosas muy diferentes de la comunicación” (1981, pág. 166) y agregará que esto “nos lo ha mostrado la experiencia del inconsciente, en cuanto está hecho de lalengua” (Ibíd). Estos planteos nos remiten al aforismo lacaniano del inconsciente estructurado como un lenguaje, ya que con la introducción novedosa del concepto de *lalengua*, podríamos situar dos tiempos lógicos diferenciados. Primero, un momento de prevalencia de *lalengua* como sustancia del inconsciente, donde el lenguaje como sistema ordenado no existe aún. Y un segundo momento donde se produce el pasaje hacia el lenguaje como tal.

Lo que vemos en casos como el de Dick o Robert es la prevalencia de un goce del Uno, una forma de gozar que no pasa por el Otro y que afecta el cuerpo de estos niños de forma particular. La afectación del cuerpo puede comprenderse a partir del encuentro del sujeto con *lalengua*, que impacta al cuerpo del ser hablante e introduce un exceso de goce. Este *acontecimiento de cuerpo* representa una emergencia de goce que se desvincula del Otro. Es así que cuando estamos en el campo de la clínica del autismo, se trataría de un punto de detención en el sujeto

"que queda habitado por lalengua sin poder establecer una elucubración de saber. Justamente hay algo que no pasa a ese plano del S1-S2" (Bayón, 2018, pág. 43). En contraste, el sujeto neurótico, sujeto del inconsciente al que aluden los textos freudianos y los aportes de la primera enseñanza de Lacan, produce síntomas que constituyen una metáfora, y que inevitablemente transitan por el Otro, mostrándose propicios para la técnica de interpretación de los contenidos inconscientes.

Por otro lado, en el Seminario 21, Lacan introduce el neologismo *troumatisme* (fusión entre agujero y traumatismo) para referirse al agujero en lo real que produce la irrupción del goce. El *traumatismo de lalengua* es impuesto a todo *ser hablante* por su pertenencia al campo significante, caracterizándose por manifestarse en el plano del significante en su dimensión real e inyectando un goce excesivo. En el caso de las neurosis, este traumatismo agujerea lo real y posibilita que se anuden los tres registros. Además, permite una metabolización de este real, mediante el uso del lenguaje, aunque siempre dejando un resto inasimilable. En el autismo, la situación es diferente: al estar el agujero forcluido, el sujeto permanece en el campo de lalengua. Aquí, el traumatismo de la lengua produce perturbaciones corporales como resultado de un goce intrusivo que no logra ser evacuado simbólicamente. Como observamos en el caso Dick, esto trae consecuencias clínicas directas. Nos encontramos frente a un enjambre de varios S1 que no logran articularse con S2 para producir significaciones, por lo que no se forma un sistema ordenado y socialmente compartido, propio del lenguaje.

En la clínica con sujetos autistas podemos ver los diferentes *usos del cuerpo*, inventos cuyo objetivo es apaciguar algo del plus de gozar que se torna imposible de soportar. Nos encontramos con niños y niñas que se tapan los ojos, las orejas, que corren sin parar, que se golpean la cabeza o las manos repetitivamente, que tienen crisis de agitación por el contacto de su superficie corporal con alguna textura particular. En casos más graves, estas manifestaciones pueden derivar en automutilaciones de distinta índole. Un ejemplo extremo lo encontramos en el caso del "niño lobo", quien intentó cortarse los genitales con una tijera que afortunadamente era de plástico. Estas son acciones que se producen no en el registro de lo simbólico, sino en el registro de lo real. Este detenimiento a nivel de lalengua es entonces puesto de manifiesto en múltiples casos: "Allí los vemos tapándose las orejas o, en el otro extremo, absolutamente entregados al ruido de lalengua… que no pueden silenciar" (Schejtman, 2014, p. 91).

Por último, se retomarán algunos desarrollos de Lacan pertenecientes al Seminario XI. Allí proporciona aportes esclarecedores para comprender el autismo a través de su teorización sobre los tiempos lógicos de alienación y separación en la constitución subjetiva. La inscripción del sujeto en la cadena significante se origina a partir de la preexistencia de un Otro primordial. La operación simbólica de alienación genera una identificación inicial (S1) que produce la representación significante del sujeto. Como plantea Miller (1993), "el sujeto surge de la masa de los significantes del Otro" (p. 11). La segunda operación lógica, la separación, inscribe una falta, constituyendo al *objeto a* como resto. Lo que presenciamos en los casos de autismo es un rehusamiento a la identificación primordial en ese primer momento lógico de la constitución subjetiva. Según Carbone y Piazze (2017), cuando la pareja significante necesaria para el proceso de alienación está holofraseada, la relación del sujeto con su propia desaparición se transforma: “éste ya no aparece como falta, sino como un monolito cuya significación se iguala con el mensaje enunciado” (p. 31).

Lo fundamental en el autismo será entonces, desde esta lectura, la no inscripción del sujeto en el campo del Otro, lo que genera consecuencias profundas en la constitución subjetiva. Esta ausencia de inscripción implica primariamente la no extracción del *objeto a* y una inmersión radical en el registro de lo real, donde el significante no logra ordenar la experiencia. El sujeto autista -retomando la perspectiva lacaniana sobre la insondable decisión del ser- no realiza la elección esperada de S2, la cadena significante que lo introduciría en el campo del sentido. Por el contrario, elige el vacío, una dimensión propia del sinsentido y del rechazo más absoluto del Otro. Esta decisión no es deliberada en términos conscientes, sino que opera como una estructura fundamental de su posicionamiento subjetivo. El resultado de este proceso es la inscripción del S1 de manera completamente aislada, separado de todo S2. Esto provoca que el sujeto autista quede desconectado de los significados compartidos por el conjunto, generando una petrificación significante. Dicha cristalización produce los fenómenos clínicos ya descritos: la alteración en los modos de vincularse, las particulares formas de experimentar el cuerpo y el lenguaje, y las estrategias singulares de tratamiento del goce.

Permanece abierto el interrogante fundamental sobre el estatuto de la dimensión del amor en el autismo, especialmente considerando que el sujeto ha elegido, de manera insondable, un rechazo más o menos radical del Otro ¿Es

posible pensar un amor por fuera de la mediación significante, o este permanece absolutamente obturado?

Algunas preguntas quedan abiertas: ¿Qué modalidades de vinculación afectiva desarrollan los sujetos autistas? ¿Existe una economía libidinal diferencial que escape a los modelos clásicos de investidura? ¿Cómo se tramita el encuentro con el semejante cuando la estructura rechaza la cadena significante? El desafío clínico y teórico consiste en no patologizar esta diferencia, sino comprenderla como una modalidad distinta de constitución subjetiva que tensiona los límites mismos de las conceptualizaciones clásicas del amor, el lazo social y la comunicación.

CAPÍTULO 3.

LA DIMENSIÓN DEL AMOR EN EL CAMPO DEL PSICOANÁLISIS

Las referencias teóricas a la cuestión del amor en sus diferentes dimensiones proliferan en los textos pertenecientes al campo del psicoanálisis. Se trata de una noción que conlleva una gran complejidad y se presenta como un territorio múltiple, intrincado y profundamente enigmático. De esta manera, para los fines del presente trabajo, se retomará a Sigmund Freud y su revolucionaria teoría de la libido y del narcisismo. Freud nos acerca una versión posible del amor que nos permite comprenderlo en su íntima relación con las diferentes formas de presentación del malestar y los distintos tipos de arreglo subjetivo desplegados por el ser humano. Cada configuración amorosa podría leerse entonces como una singular estrategia de resolución subjetiva, un modo específico de tramitar la angustia, la falta y el encuentro con el otro. En el año 1914, Freud establece las diferencias entre *pulsiones yoicas* y *pulsiones sexuales*, forjando de esta manera las nociones de elección amorosa *anaclítica* y *narcisista,* abriendo un campo de interrogantes sobre las modalidades de investidura libidinal. En la elección anaclítica, el amor se configura mediante el apuntalamiento en el objeto originario de la crianza. La elección narcisista, por el contrario, representa un amor por lo mismo, por lo idéntico, sin apertura hacia lo desconocido o lo diferente, lo ajeno al yo. Los diferentes tipos de amor dan cuenta, entonces, de variantes en la distribución de la libido colocada en los objetos, que en algunos casos puede conllevar patologías, y en otros casos permitir un equilibrio del aparato psíquico. Su teoría de la libido se ve enriquecida cuando Freud incorpora al narcisismo y se pregunta por el amor, específicamente: “¿En razón de qué se ve compelida la vida anímica a traspasar los límites del narcisismo y poner la libido sobre objetos?” (Freud, 1914, pág. 82). La conclusión a la que arriba denota una gran perspicacia, señalando que “(…) al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si a consecuencia de una frustración no puede amar” (Ibid.). La teoría freudiana nos invita a pensar el amor no como un estado estático, sino como un proceso dinámico de permanente transformación, donde la libido opera como un flujo que constantemente reorganiza los vínculos y las formas de encuentro con el otro.

Cuando Freud habla de amor, para nada se limita al vínculo amoroso en su dimensión sensual, el de la meta sexual directa, sino que incluye además el lazo afectivo de meta inhibida, ligado a la ternura entre amigos, entre hijos y padres, entre hermanos. Este amor fraterno se trata del amor universal, emparentado con la religión, que supone la inhibición de la pulsión genital en su meta en pos de la formación de *fraternidades*:

> Ambos, el amor plenamente sensual y el de meta inhibida, desbordan la familia y establecen nuevas ligazones con personas hasta entonces extrañas. El amor genital lleva a la formación de nuevas familias; el de meta inhibida, a fraternidades que alcanzan importancia cultural porque escapan a muchas de las limitaciones del amor genital; por ejemplo, a su carácter exclusivo (Freud, 1930, pág. 100).

Podríamos decir que, para Freud, el amor cumple un papel central en la economía libidinal del sujeto, tanto en su cara de arreglo como de desarreglo subjetivo. Es así que en distintos momentos de su obra sostuvo una concepción de la salud relacionada estrechamente con la capacidad del sujeto de poder amar y trabajar. En la propuesta freudiana, el analista se constituye como un garante de la escucha, cuya función principal es producir las condiciones para que el deseo emerja en toda su complejidad. Desde este posicionamiento, es el analista quien deberá dirigir la cura en pos de este objetivo central, habilitando una escucha que dé lugar al deseo, diferenciándose así de posicionamientos psicoterapéuticos que tienen como horizonte la eliminación directa de los síntomas o que muchas veces se proponen como tarea la *educación* del paciente en base a un ideal de época. En su texto *El método psicoanalítico* de 1903, Freud dice:

> Del mismo modo que entre la salud y la enfermedad no existe una frontera definida y solo prácticamente podemos establecerla, el tratamiento no podrá proponerse otro fin que la curación del enfermo, el restablecimiento de su capacidad de trabajo y goce (1903, pp. 240-241).

El amor, desde la concepción freudiana, entonces puede tomar dos caminos: puede funcionar de arreglo para no enfermar, pero también puede ser una fuente de padecimiento, tal como lo demuestran las variadas presentaciones clínicas del duelo normal y el patológico, la melancolía, las psicosis y las neurosis.

Ahora bien, cuando dirigimos la mirada hacia el campo del autismo, surgen múltiples interrogantes: ¿Es posible pensar la transmutación de la libido narcisista a libido de objeto en una estructura que precisamente se caracteriza por un repliegue sobre sí misma? ¿Qué modalidades de investidura libidinal podrían desplegarse en un psiquismo que pareciera resistirse a la apertura hacia el otro? ¿Podríamos pensar en la existencia de variantes del amor en el autismo que no se enmarquen en la corriente sensual? ¿Es posible un amor de meta inhibida o de corriente tierna?

En su libro *Amor Lacan*, Jean Allouch, nos recuerda que "(…) en el transcurso de los años Lacan ha incursionado en una cantidad nada despreciable de maneras de amar, pero para desmarcarse de las mismas" (Allouch, 2011, p. 445). La pregunta por el amor en las psicosis es trabajada por Lacan con su definición de amor extático, donde lo que se presenta es una vertiente amorosa que no se encuentra regulada por la lógica fálica, con la contracara de la presencia del "desorden provocado en la juntura más íntima del sentimiento de la vida en el sujeto" (1957, p. 540). El Eros del psicótico se sitúa en el agujero forclusivo, por lo que no hay direccionalidad al Otro, y lo que predomina es el goce erótico más que amoroso, donde no es posible encontrar una articulación que pueda condescender este goce al deseo. Aquí es interesante traer la famosa frase de Lacan: "No hay mayor don posible, mayor signo de amor, que el don de lo que no se tiene" (1958-1959, pág. 142), ya que en la psicosis no opera la castración y, por lo tanto, el sujeto se ve imposibilitado de poner a jugar su falta con el Otro en eso que llamamos amor. Vemos, de esta manera, que el vínculo amoroso puede ser un problema y propiciar el desarreglo neurótico o psicótico, o bien ser una solución, más o menos lograda, de la no-relación sexual, por la vía de la inhibición, del síntoma, de la identificación o del sinthome.

Cabe preguntarse, ¿qué ocurre en los casos de autismo? Una referencia del psicoanalista Jacques-Alain Miller se vuelve esclarecedora. En su texto *Los laberintos del amor* (2012), retoma la distinción freudiana entre amor *narcisista* y amor *anaclítico*, señalando que el primero es un amor de lo semejante, mientras que el segundo trata sobre el amor de lo Otro. Así, el amor narcisista se coloca en el eje imaginario y el anaclítico en el eje simbólico, "donde se juega completamente el asunto de la castración" (Miller, 2012, p. 4). Nos preguntamos entonces si acaso el amor fraterno de ciertos autistas no se aviene a la primera de las formas mencionadas y, por lo tanto, presenta una estructura metonímica/imaginaria que, si

bien no responde a la castración simbólica, puede cumplir una función reguladora de un goce desamarrado y favorecer una apertura al mundo. El lazo de hierro que anuda real e imaginario en ambas instancias del *neo-borde* pulsional suscita la pregunta por la huella que estas imprimen en las eventuales y diferentes declinaciones de las experiencias amorosas de los autistas, en particular la del amor llamado *fraternal*. Esto es así porque la ausencia de la norma fálica que permitiría hacer condescender el goce al deseo vuelve singularmente problemático el amor sensual en muchos casos de autistas. De este modo, el amor fraternal se presentaría como una posible salida al laberinto amoroso y, a la vez, como una de sus expresiones más viables. Para corroborar dicha hipótesis, se pondrán en tensión las coordenadas particulares de la posición autista con la singularidad del caso por caso. Tal como se verá en el capítulo 5 del presente trabajo, tanto para Owen Suskind como para Jacqueline Leger, dos sujetos autistas de alto nivel de funcionamiento, el lazo fraterno tiene un lugar preponderante que muestra de qué manera se puede, “a la pata cojeando, (llegar) pese a todo a dar un asomo de vida a ese sentimiento llamado amor” (Lacan, 1973, p. 59).

En el capítulo siguiente se abordará la lectura pos-lacaniana acerca del autismo, donde se intentará esclarecer algunos lineamientos teóricos específicos surgidos a partir de lecturas actuales sobre la temática.

ESTADO DEL ARTE

CAPÍTULO 4.

LA PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA DE ORIENTACIÓN LACANIANA ACERCA DEL AUTISMO

La perspectiva psicoanalítica contemporánea ofrece valiosos aportes a la clínica del autismo en un contexto donde aún no se ha identificado una causa o etiología única y definitiva para este cuadro. Este enfoque propone un saber-hacer que se distancia del enfoque deficitario centrado en la adaptación como meta y desplaza la atención de la tendencia normalizante o correctiva, característica de las corrientes más vinculadas a la tradición conductista americana. En efecto, el psicoanálisis se posiciona en contra de lecturas patologizantes y/o meramente descriptivas, como lo es la del DSM, y por el contrario, piensa al autismo como una modalidad particular de funcionamiento, un modo singular de estar en el mundo que por tal motivo requiere de una clínica específica, y donde la ética será para todos los casos la de la orientación por el síntoma bajo transferencia.

La naturaleza aparentemente indeterminada del autismo se acompaña de una falta de consenso en cuanto a las terapias y tratamientos más efectivos. Por su lado, el psicoanálisis de orientación lacaniana trabaja el caso por caso, y evita de esta manera un borramiento del sujeto que muchas veces propician las lecturas sesgadas por biologicismos. Estas últimas tienden a estandarizar los tratamientos, promueven un enfoque del *uno para todos*, que resulta ineficaz y favorece la cristalización subjetiva en torno al diagnóstico. Así, en muchos casos, se trata de un etiquetado que opera como punto de llegada y no de partida, cerrando todo camino posible a la realización de su singularidad. Aún más, las propuestas de reeducación tan arduamente llevadas adelante por ciertos sectores de profesionales de la salud y de la educación han dado como resultado —en innumerables casos— una agudización del padecimiento subjetivo más que una reducción o aplacamiento del mismo.

Desde el psicoanálisis de orientación lacaniana, por su parte -como ya lo anticipáramos- la clínica del autismo no es pensada como la mera expresión de un déficit, sino en términos del esfuerzo de invención de un sujeto por instituir un límite

al goce. Se tratará, en cada caso, del establecimiento de **“**(una) cadena singular que amalgame objetos, acciones y formas de hacer de modo que se constituya un circuito dotado de función de borde y de circuito pulsional” (Laurent, 2013, p. 84). Esta noción, bautizada por Eric Laurent como *borde autístico,* es particularmente interesante a los fines del presente trabajo, en la medida en que permite recortar, por una parte, la estructura metonímica del recurso y, por otra, su función posibilitadora de la conexión con la alteridad.

Por su lado, Jean-Claude Maleval define al autismo ya no como una enfermedad que debe ser aprehendida a partir de la suma de sus síntomas, sino como un *funcionamiento subjetivo singular* (2009, pág. 21), donde sin dudas el conflicto principal para estos sujetos orbita alrededor de la regulación del goce. Pensar el autismo desde este ángulo, según el autor, invita a repensar los eventuales movimientos de la constitución subjetiva cuando el modo de funcionamiento es el autismo. Si bien todo sujeto nace y se encuentra inmerso en un baño de lenguaje, la consistencia que tome el Otro (A), entendido este como la estructura del lenguaje, y las relaciones que el sujeto establezca con el mismo tendrán impresas las marcas propias de su singularidad. Maleval señala que “la originalidad del acercamiento psicoanalítico es primeramente orientarse acerca de las estrategias por las cuales el autista busca espontáneamente atenuar sus angustias” (2014, s/p). Enfatiza una posición activa del sujeto frente a su malestar y atribuye a la transferencia el estatuto de motor del proceso analítico, con las particularidades que ésta adquiere por el hecho de no estar, cuando se aborda una presentación autista, dentro del campo de la neurosis.

El sujeto autista está sumergido en lo real, y por lo tanto, la estrategia del analista será captar, en cada caso, cómo hace el sujeto para arreglárselas con lo real que lo habita e invade. En este sentido, Marita Manzotti (2021) remarca la importancia de “una práctica sostenida en la detección de pequeños indicios, de detalles, de nanosoluciones” (pág. 97) como forma de dar lugar a las invenciones a las que cada sujeto arriba para arreglárselas con la vida, con la palabra, con el Otro. La apuesta entonces es a un encuentro posible con la otredad, que no resulte catastrófico y que no clausure las posibilidades de contacto con el exterior.

Tal como se mencionó en el capítulo anterior, el psicoanálisis de orientación lacaniana se rige por el deseo del analista, que guía sus intervenciones a partir de la operación del síntoma. La ambigüedad de este último sintagma, caro a esta

clínica, es puesta de relieve en toda su fecundidad por la siguiente reflexión de Jean-Claude Maleval:

> Por ejemplo, el terapeuta ABA, quien no tiene un deseo de analista, no va a acompañar las construcciones, al contrario, va a oponérselas quitándole el objeto. El deseo del analista es más bien trabajar con el sujeto y tomar en cuenta sus defensas y buscar con él construirlas (Maleval, 2023, s/p).

Estas reflexiones de Maleval fueron causadas por el diálogo con una propuesta novedosa sobre el mecanismo psíquico específico del autismo, que otro psicoanalista de orientación lacaniana, Eric Laurent, lanzara al ruedo un tiempo antes. La abordaremos a continuación:

Forclusión del agujero: creación del neoborde

El psicoanalista Eric Laurent (2013) nombra como forclusión del agujero a lo que considera el mecanismo defensivo característico que opera en el autismo, en contraste con aquel que distingue a las psicosis, donde lo que se forcluye es el significante del Nombre del Padre. El retorno del goce también se manifiesta de manera distinta en ambos casos: mientras que en la psicosis hay un retorno del goce sobre el cuerpo —en la esquizofrenia— y sobre el Otro —en la paranoia—, en el autismo este retorno se da sobre un neoborde. Se trata de la respuesta del autista ante un goce que circula en un cuerpo sin falta, sin pérdida, sin zonas erógenas que hayan sido diferenciadas y simbolizadas por el lenguaje. Es un cuerpo cuyos agujeros están cegados y cuyos límites están ausentes o precariamente constituidos.

Cuando estamos dentro del campo del autismo, de lo que se trata es de la presencia de una dificultad primordial de instauración de un borde simbólico, lo que le imposibilita al sujeto agujerear lo real. La no extracción del *objeto a* -ya que no hay alienación que aloje al sujeto en el Otro- da como resultado que el sujeto vivencie un exceso de goce difícil de ser sustraído del cuerpo. En razón de no poder contar con el lenguaje como aparejo de goce, el autista es llevado en muchos casos a automutilaciones de todo tipo, como una manera extrema de apaciguamiento de este plus de goce no metaforizado:

> La no constitución estructural de un borde, no permite alojar el goce dentro de los límites del cuerpo, porque éste no se constituye. Esa imposibilidad de alojar el goce produce en el autismo las crisis de excitación (Bayón, 2021, p.80).

Ante la ausencia de un borde, como adelantamos, la respuesta subjetiva es el neoborde o borde autístico, una creación defensiva dotada de cierta plasticidad que permite, -en los casos más favorables- que el sujeto pueda habitar un mundo que tiende a presentarle caótico, en el que la presencia del Otro resulta realmente intrusiva.

El psicoanálisis de orientación lacaniana propone entonces una lectura que se aleja de algunos postulados clásicos del posfreudismo acerca de la rigidez inherente al autismo. Según estos autores, el sujeto se aísla completamente del mundo exterior mediante una caparazón o muralla que le provee una defensa estática. Por el contrario, el lacanismo, con la ayuda de la idea del neoborde, relee la caparazón en términos dinámicos a la manera de una invención, una solución singular que no excluye la posibilidad de la movilidad, del cambio. De esta manera, pensar la función que las defensas psíquicas autistas desempeñan nos permite salir de un derrotismo en cuanto a las posibilidades vitales de estos sujetos, pero además nos impone la ética de restituirlos en su rol activo en relación a su sufrimiento.

Jean-Claude Maleval (2017) enriquece la noción de neoborde de Eric Laurent con su aporte de los tres componentes interdependientes que lo conforman. Estos son la imagen del doble, el objeto autístico y el Otro sintético, a partir de los cuales se puede hacer evolucionar o desplazar la defensa autista, mediante la elaboración de ciertas transacciones que le posibiliten al sujeto abrirse al mundo, incorporando cada vez más objetos, personas o intereses.

Goce del Uno y holofrase

Los fenómenos de repetición presentes en los sujetos autistas han sido demarcados y explicados por numerosos profesionales de la salud y la educación, y es una manifestación que no ha pasado inadvertida para el entorno de estos pacientes. Este rasgo clínico se expresa de formas variadas, ya sea por medio de las llamadas ecolalias diferidas o frases descontextualizadas que el sujeto profiere, ya sea a través de acciones físicas tales como golpecitos reiterativos, aleteo con los brazos, caminar en círculos, etc. A este respecto, Eric Laurent en su libro *La batalla*

del autismo nos habla del Goce del Uno que invade al sujeto autista y procede con este término a repensar el *sameness* del que hablaba Kanner en términos de satisfacción pulsional:

> Este esfuerzo hacia la pura repetición del Uno, *ne varietur,* se encuentra igualmente en la voluntad de inmutabilidad que manifiesta el sujeto autista, su imperiosa necesidad de que las cosas obedezcan a un orden absoluto, inmutable y repetitivo, sin ninguna clase de interrupción (Laurent, 2013, pág. 49).

Este abordaje del Uno, del S1 que se repite sin cesar, sin articulación con un S2, es traído por el autor para profundizar en lo que inauguró como *clínica del circuito*, donde la estrategia terapéutica se dirige a posibilitar que el sujeto salga de un estado inicial de repliegue ensimismado, de encapsulamiento. Esta ausencia de intervalo entre S1 y S2 nos permite echar nueva luz sobre la metáfora autista definida por Kanner en 1946. Mientras que en la neurosis la existencia de este intervalo permite que el significante remita a otro significante, produciéndose de esta manera un efecto de significación, en el autismo "la solidificación significante se opone al efecto metafórico y genera un tipo de significado congelado, cerrado a toda composición dialéctica" (2017, pág. 30). Este efecto de repetición no se juega solo en el plano del habla, sino también en las conductas de estos sujetos, como por ejemplo producir golpes con la cabeza sin parar, rascarse la piel hasta lastimarse, etc., todas ellas acciones que precisan no verse interrumpidas o modificadas para evitar el surgimiento de grandes montos de angustia que pueden llegar a desbordar completamente al sujeto. En otras palabras, en el autismo, la ausencia de sustitución significante implica que, -como efecto de la forclusión del agujero-, las ecolalias y demás conductas iterativas tomen protagonismo como dique anímico. De este modo, se genera un efecto de iteración del Uno, una repetición incesante que opera como expresión de una defensa masiva en el sujeto autista. Esta repetición implica la reiteración de un S1 sin conexión con un S2. La iteración es un concepto cercano al de reiteración, pero lo fundamental es que en el caso del primero, la acción o dicho se repite una y otra vez como si fuera la primera vez, manteniéndose idéntica a sí misma, siendo imposible su articulación con la cadena significante.

Estos fenómenos se relacionan con la lectura que hizo Lacan sobre la holofrase y su relación con las psicosis y la debilidad mental. Para todos ellos,

Lacan, en el Seminario XI, señalará la ausencia de intervalo entre S1 y S2, una solidificación del primer par de significantes, que tiene como resultado una holofrase, y allí es que “obtenemos el modelo de toda una serie de casos, si bien hay que advertir que el sujeto no ocupa el mismo lugar en cada caso". (1958-1959, pág. 245). Esta última aclaración llama la atención sobre la necesidad de distinguir y precisar lo que ocurre en el sujeto de la psicosis, en el psicosomático y en el débil mental. La falta de intervalo en la cadena significante entre S1 y S2, propia de la holofrase en la psicosis y en el autismo, da cuenta de la no operación de separación, por lo que el objeto *a* no es extraído de la cadena. Los efectos que tiene la holofrase y la solidez de la cadena significante primitiva se relacionan con el impedimento de la apertura dialéctica que en la clínica de la psicosis se presenta como certeza absoluta de ser garante de un saber. El sujeto psicótico no busca un saber sobre lo que le ocurre en el campo del Otro, con todas las consecuencias que esto trae para la instalación de la relación transferencial y su dinámica. Mientras que en el autismo, la holofrase nos remite a los aportes kannerianos respecto a la metáfora autista y los particularísimos sentidos coagulados en tales construcciones lingüísticas, que serían efecto de la mencionada ausencia de intervalo entre S1 y S2.

Para finalizar este capítulo, podríamos decir que la presencia de la holofrase es otra de las maneras de explicitar la forclusión del Nombre-del-Padre en la psicosis, en la medida en que ésta surge como efecto de la ausencia del corte significante de la operación paterna. La holofrase da cuenta, además, de la no división subjetiva en el sujeto autista, y nos lleva a preguntarnos por las particularidades de dicha constitución psíquica. Los efectos de esta solidificación significante los encontramos principalmente en aquellas situaciones que ponen de manifiesto que el sujeto no se presenta como diferenciado del Otro. Por ejemplo, a nivel del lenguaje, la sustitución de la primera persona por la tercera persona, en donde muchas veces no hay una distinción entre el yo como sujeto de la enunciación y el yo como sujeto del enunciado. También es posible detectar la holofrase en las presentaciones clínicas donde el sujeto autista tiene dificultades para distinguir los límites de su cuerpo y, por lo tanto, los límites del cuerpo del otro, llevando adelante muchas veces acciones que transgreden dichas fronteras.

Otro de síntesis y doble

Jean-Claude Maleval, en su texto *El autista y su voz* (2009), profundiza algunos de los puntos ya trabajados por Eric Laurent y define dos componentes esenciales del borde autístico que pueden propiciar el vínculo amoroso: la imagen del doble y el Otro artificial o de síntesis. El primero consiste en un doble en lo real (encontrado entre los seres de carne y hueso que lo rodean o en el plano imaginario) que facilita una enunciación artificial, por procuración. El segundo abarca los islotes de competencia de los que hablaba Kanner: las pasiones epistémicas, los intereses, muchas veces hipertróficos y muy restringidos, que el sujeto despliega en su intento de mantenerse a distancia del deseo del Otro. Hecho de una matriz de símbolos, al modo de un código en el que a cada palabra le corresponde una imagen o un sentido, este Otro sintético supone un esfuerzo por reducir el equívoco significante que permanentemente asedia y angustia al sujeto autista, y permite "clausurar lo simbólico en un campo circunscrito con el fin de hacerlo perfectamente controlable" (Maleval, 2009, pág. 170).

Estos dos componentes del borde autístico resultan centrales para pensar la clínica del caso por caso, ya que la constitución de un Otro de síntesis favorece el tratamiento del mundo caótico del sujeto autista. Tal como veremos en los dos testimonios que analizaremos en el último capítulo del presente trabajo, la construcción de un Otro de síntesis enlazado a los islotes de competencia en cada caso posibilitó una apertura al mundo y un autotratamiento del goce excesivo. Además, tuvo como resultado para ambos una inserción social y laboral, un uso del lenguaje para la comunicación con otros e incluso un acceso posible a la sexualidad. Fiel a la ética del psicoanálisis, Maleval (2014) señala que existe un consenso clínico en que el autismo no se caracteriza únicamente por el autoaislamiento, la búsqueda de la inmutabilidad del entorno y el uso de un objeto privilegiado. Más bien, cuando las personas con autismo se abren al mundo, lo hacen a través del vínculo con un doble y poniendo un énfasis particular en un interés específico. Pero para que el doble se constituya como tal, es indispensable que no resulte intrusivo para el sujeto. Esto explica porqué en numerosos casos el doble se encarna en un animal o un objeto, real o imaginario, y no en una persona, ya que esta última se adentra más fácilmente por el camino de lo inesperado, la diferencia y, por lo tanto, de la intrusión.

Las palabras de Temple Grandin, profesora, científica y activista estadounidense, diagnosticada con autismo en su temprana niñez, nos permiten sintetizar estas ideas acerca del borde autístico y su importancia en la clínica, al señalar que lo mejor es buscar desde un principio entrar en el mundo del autista antes que intentar forzosamente llevarlo a éste hacia el mundo exterior.

CAPÍTULO 5.

EL AMOR EN EL AUTISMO

Hipótesis de trabajo

La hipótesis a comprobar en el presente trabajo es que el amor en el autismo posee una estructura metonímica/imaginaria que puede, en algunos casos, cumplir una función reguladora de goce y de apertura al mundo. De esta manera se analizarán a continuación los testimonios de Owen Suskind y de Jacqueline Leger, dos sujetos autistas de alto nivel de funcionamiento que lograron, —no sin dificultades—, una salida de su ensimismamiento extremo inicial y la puesta en marcha de un lazo posible con los demás a partir del apoyo en un amor narcisista fraterno.

Owen Suskind: una fascinación por las películas de Disney y la invención de un neoborde pulsional.

1

Owen Suskind es un joven norteamericano diagnosticado con autismo en su temprana infancia. Es hijo de la periodista Cornelia Suskind y de Ron Suskind, periodista, cineasta y autor del libro “Life, Animated: A Story of Sidekicks, Heroes, and Autism” cuyo éxito derivó en la creación de una película llamada “Life, animated” basada en el mismo. La película nos muestra el derrotero subjetivo y las vicisitudes de la vida de Owen, desde su niñez hasta su temprana adultez.

Desde muy pequeño, Owen tenía un gran fanatismo por las películas de Disney y le gustaba recrear sus escenas y diálogos; se reía y establecía contacto visual con los demás. En ese primer momento, donde la familia del niño ubica que todo marchaba bien, parecería que el niño manifestara algunas actitudes relacionadas con el juego simbólico, acompañado de lenguaje hablado, logrando de esta manera asumirse como enunciador de su propia palabra. La afición de Owen no solo fue una forma de entretenimiento, sino que también desempeñó un papel crucial en su forma de vincularse con los otros y en su comunicación. Esto queda patente en un fragmento de la película 'Life, animated', en el que se muestra a Owen

recreando una escena de pelea, en la que él interpretaba el papel de Peter Pan, mientras que su padre hacía de Capitán Garfio.

Sin embargo, esta situación aparentemente normal cambió de forma repentina. Ron señala al respecto: "*De pronto, a los tres años, Owen desaparece*", mientras que Cornelia expresa: "*Owen comenzó a cambiar muy rápido*". Los llantos y los estados de alteración fueron cada vez más frecuentes; el niño fue abandonando el uso del lenguaje y la comunicación con los otros, llegando a un estado cercano a la catatonía. Esto llevó a sus padres a consultar con pediatras, quienes establecieron un diagnóstico de autismo.

Tal secuencia clínica se ajusta a las descripciones de Kanner (1955), quien tempranamente en su obra señaló que el cuadro del autismo no siempre se presentaba desde el nacimiento, ya que en muchos casos se reportó un *desarrollo normal* en los primeros veinte meses de vida, momento en que comienza a evidenciarse un "retraso severo del afecto, manifestado por la pérdida de la función del lenguaje, el fracaso en su progreso social y un desinterés gradual en las actividades normales" (pág. 2). Ahora bien, ¿cómo pensar los resortes metapsicológicos de semejante debacle subjetiva? ¿Acaso se habría producido una dificultad en la consolidación del estadio del espejo, momento en que "(...) el sujeto toma conciencia de su cuerpo como totalidad" y se introduce "una serie de transformaciones en la relación del sujeto con su propio cuerpo y con el mundo" (Lacan 1953-1954, p. 128)? Los dichos del propio Owen sobre aquel momento resultan elocuentes: "todo era confuso", frase que muestra que la asunción del Yo como instancia psíquica definida, unificada, no logró tener estabilidad. No puede dejar de evocarse aquí el paradigmático caso del doctor Schreber (Freud, 1911), en donde la "regresión del sujeto, no genética sino tópica, al estadio del espejo" daría como resultado una vivencia de fragmentación corporal con su consiguiente *desastre creciente de lo imaginario* (Lacan, 1955, p. 550).

No obstante, luego de haber atravesado un largo periodo de su infancia con tan graves perturbaciones sintomáticas, Owen logró reanudar el lazo social, alcanzando ciertos grados de comunicación con otros, un trabajo y una vida independiente.

Cabe entonces preguntarse, ¿cómo es que Owen pudo pasar de una posición autista tan extrema a relacionarse con los otros? ¿Cuáles son los mecanismos que

han permitido esa salida y cuál es su posición actual? Tal como se verá, el amor fraterno cumplirá una función central en esa transición.

2

Si se sigue el devenir del caso, se advierte cómo esa inicial “retirada del mundo” dio lugar, a continuación, a una primera respuesta subjetiva cuyas características coinciden con la sintomatología típica del autismo planteada por Kanner: el *aloness* y el *sameness*, que son definidos como la existencia de un "autoaislamiento extremo” y una “insistencia obsesiva en la preservación de la igualdad", respectivamente (1955, pág. 2). Ciertamente, Owen comienza a emerger de aquel estado de *muerte subjetiva,* manifestando un interés exclusivo por el mundo Disney, ya no a través del juego compartido, sino mediante el ritual de sentarse a ver las películas, prácticamente absorto en sí mismo, acompañado por su hermano mayor Walter. Durante esa práctica obsesiva, en la que no había diálogo entre ellos, el niño *se iluminaba* a su lado, lo que evidencia un retorno del sentimiento de la vida allí donde anteriormente solo había un desierto de goce.

Este primer movimiento subjetivo puede ser dilucidado con la ayuda de los aportes de Eric Laurent (2013) en relación al concepto de *caparazón autista* que “funciona como una burbuja de protección para el sujeto (...) que le permite defenderse de las manifestaciones del Otro para con él” (p. 80). Si bien el contacto y la comunicación con el niño cada vez se hacían más difíciles, la familia siguió compartiendo la costumbre de sentarse a ver las películas de Disney, momento en donde Owen se quedaba tranquilo y era feliz, según explica su madre.

Un día cualquiera, mientras la familia veía “La Sirenita”, Owen comenzó a repetir de manera obsesiva una pequeña frase que al principio parecía no tener ningún sentido. Esta frase repetida una y otra vez a la manera de una ecolalia resultó ser la siguiente: "Just your voice" (Sólo tu voz). El momento en el que los padres lograron captar el valor subjetivo de este acto de enunciación fue decisivo. Dócil a la posición del niño, Ron se prestó a repetir la frase y se produjo algo inédito: su hijo lo miró a los ojos por primera vez luego de un largo año. Esta ecolalia fue captada sensiblemente por su familia, que no dejó de buscar allí la expresión de la singularidad de su hijo y la posibilidad de establecer algún tipo de lazo.

El interés puesto en las palabras de Owen por parte de sus padres les permitió realizar un rastreo hacia los orígenes de esta singular expresión verbal; la misma da cuenta de las particularidades del lenguaje metafórico autista (Kanner, 1946), en donde la fina búsqueda de la fuente de tales expresiones demuestra que “dichos comentarios, aunque peculiares y fuera de lugar en una conversación ordinaria, adquirían un significado definido” (pág. 5).

Podríamos decir que algo de este *caparazón autista* defensivo logró expandirse a partir de la especial conexión del niño con las películas, y al mismo tiempo con su familia. Laurent nos recuerda que en el autismo, según cada caso, debe pasar algún tiempo para que haya cambios, para que “este neo-borde se afloje, se desplace, constituyendo entonces un espacio -que no es ni del sujeto, ni del Otro- donde puede haber intercambios de un nuevo tipo, articulados con un Otro menos amenazador” (Laurent, 2013, pág. 84).

Si bien este suceso en que Owen habló por primera vez fue muy importante, el niño no volvió a hablar durante cuatro años. Luego de transcurrido ese tiempo, podemos ubicar otro hito significativo en la vida de Owen, ocurrido durante el noveno cumpleaños de su hermano Walter. En ese momento, Owen notó a su hermano mayor con la cabeza baja y algo entristecido después de que los invitados se marcharan. Decidido, se acercó a sus padres en la cocina y les expresó: "Walter no quiere crecer como Mowgli o Peter Pan". Estas palabras dan cuenta de una creación singular, y no ya del uso de frases repetidas en forma descontextualizada. Se trata del uso metafórico del contenido de las películas en una situación de la vida real, que consolida la posibilidad de restitución del lazo con los otros.

Poco tiempo después, a través de una increíble creatividad y un deseo por comprender más a Owen, su padre entró un día en su habitación y, utilizando un títere de Iago -el loro de la película Aladino- inició un diálogo con su hijo, en el que cada uno representaba a uno de los personajes, repitiendo las frases en secuencia tal cual están desarrollados en la ficción. Esto marcó el primer intercambio verbal entre padre e hijo, y permitió una mayor comprensión de esta notable capacidad de Owen para aprenderse de memoria todos los diálogos de las películas, lo que a su vez dio pie a que el resto de la familia comenzara a hablar con el niño a partir de este recurso original. Esta repetición de diálogos largos, completos y de gran complejidad implica una diferencia enorme con las ecolalias simples manifestadas por Owen años atrás. Ahora se trata del uso de fragmentos de películas de Disney,

dotados de un valor simbólico y, lo más importante, empleados como una poderosa forma de comunicación con otros.

Una vez más, los aportes de Kanner (1946) nos posibilitan reconocer que las “expresiones irrelevantes” de los sujetos autistas en realidad están dotadas de un sentido, y muchas veces encarnan una gran complejidad semántica. La diferencia con las metáforas compartidas socialmente radica en que, en los casos de autismo, el interlocutor es quien debe esforzarse para lograr adentrarse en este “marco de referencia privado, original”, para así comprender el sentido de estas peculiares expresiones verbales (pág. 8).

3

Podríamos decir que lo que posibilitó una “expansión” del neoborde en Owen fue una sumatoria de cuestiones, entre las cuales se incluye la creatividad, el esfuerzo y el deseo de su familia de poder comunicarse con el niño. También fue fundamental la predisposición de Owen y su gran afinidad -elevado al estatuto de islote de competencia- por las películas de Disney. Sin embargo, el elemento decisivo fue la vertiente amorosa fraterna y la relación de cercanía de Owen con su hermano mayor Walter, quien encarnó en lo real la función de doble, de facilitador en los primeros contactos con el mundo circundante. La importancia del doble es enorme, ya que, como explica Maleval (2009), dentro de la clínica psicoanalítica, "cuando una terapeuta consigue hacerse aceptar como doble en el mundo de un niño autista, localiza sobre sí lo esencial del goce del sujeto" (pág. 99).

Los intereses específicos constituyen uno de los elementos que Maleval define como parte integrante del neoborde autista, junto con el objeto autista y el doble. En el caso de Owen, el papel protagónico que su interés por Disney constituye se ve claramente en las palabras de su madre:

> Todos esos niños tienen obsesiones y afinidades. La diferencia es que utilizamos su afinidad como un instrumento, no sólo para entrar en contacto con él, cantando canciones, mirando películas juntos, jugando con personajes y encarnándolos; sino también llevando más lejos el proceso y comenzando a utilizarlo para ayudarlo en sus estudios y en sus relaciones sociales crecientes (Harpaz, 2014, s/p).

Owen aprendió a leer, a escribir, a dibujar e incluso a comunicarse con los demás a partir de este fanatismo que lo llevó a ver una y otra vez las mismas películas, llegando a aprenderse de forma mimética todos los diálogos, las distintas tonalidades de voz, las expresiones faciales y corporales de sus personajes. Este tratamiento de *lalengua,* esta construcción de un cuerpo, le permitió realizar un pasaje desde una predominancia del Goce Uno -muchas veces expresado a la manera de ecolalias- hacia distintos usos del significante que le posibilitaron comunicarse y expresarse.

Consideramos que la corriente amorosa fraternal/imaginaria habilitó un autotratamiento del goce posible en Owen, o en otras palabras, una expansión o desplazamiento de su caparazón autista, que tuvo como resultado una mayor predisposición a los intercambios con el mundo y una mayor tolerancia hacia las manifestaciones del Otro en sus diferentes expresiones. Su islote de competencia, sensiblemente ligado al mundo Disney y la referencia metonímica y homofónica al nombre de su hermano mayor Walter con Walt Disney, dan cuenta de la creación de un neo-borde pulsional permeable a los contactos con el afuera.

Jacqueline Leger: un no consentimiento a la vida inicial atenuado por el recurso a la escritura.

1

Jacqueline Leger nació el 7 de noviembre de 1947, es psicóloga y escritora, autora del libro “Un autisme qui se dit...Fantôme Mélancolique”, publicado en el año 1977, en el que relata las vicisitudes de su vida, especialmente aquellas relacionadas con su vivencia personal como sujeto autista. De manera similar a lo que ocurrió con Owen Suskind, Jacqueline comenzó a pronunciar algunas palabras a sus dos o tres años de edad, pero luego, de manera repentina y sin explicación aparente, se detuvo. A sus cinco años de edad ya no hablaba, *no sabía sonreír*, no respondía al llamado por su nombre. Según lo que dirá muchos años más tarde, en ese momento *tenía la impresión de no entender nada de lo que pasaba a su alrededor.* En ese tiempo, su informe médico psiquiátrico remarcaba la presencia de una “inatención notoria, indiferencia”, “siempre en la luna”, “no habla”, “hace comentarios que no guardan relación con la conversación”, y una serie de signos

que culminan con la indicación de un autismo muy marcado. El informe indicaba que Jacqueline estaba *perdida dentro de una familia numerosa*, y que era necesario que sus padres se ocupen más de ella. Estos dichos nos remiten a los aportes de Kanner (1943) retomados al comienzo del presente trabajo acerca del síntoma característico de este cuadro: el *aloness*. Podemos pensar que esta soledad autística respondía a una decisión sostenida por el sujeto de evitar el contacto con los demás, en un esfuerzo obstinado por *no sobresalir ni llamar la atención*. Buscaba acallar lo máximo posible aquellos síntomas visibles que pudieran atraer las miradas y voces ajenas. Esta elección no surge de un impulso momentáneo, sino de un esfuerzo continuo por mantener una distancia emocional y social, protegiéndose del mundo exterior y eludiendo la presión de aquellas interacciones sociales que le resultaban difíciles o incomprensibles. En este sentido, la soledad se convierte en una estrategia defensiva, un refugio en el que el sujeto se aísla para evitar la exposición y el juicio de los otros.

En su intento por ocultar tal desconexión con el mundo, Jacqueline afirma que sus hermanos y hermanas le eran *útiles*. Estos hermanos y hermanas, en su relato, no solo reaccionaban ante las cuestiones cotidianas de la vida, sino que actuaban como una especie de escudo o filtro para evitar que Jacqueline quedara expuesta a las situaciones que le resultaban insostenibles. De alguna manera, ellos tomaban la delantera en las interacciones y los compromisos con el mundo exterior, lo que le permitía a Jacqueline mantenerse en un segundo plano, oculta, evitando así enfrentarse de manera directa a las expectativas sociales que la incomodaban profundamente.

2

La elección del doble autista, por lo general, consiste en un hermano, hermana, madre o algún animal que cobra para el sujeto gran significatividad y que sobresale por sobre los demás objetos y personas del entorno. La función del doble es tal que, en algunos casos, los niños imitan tan bien a otro niño de su edad, que es difícil detectar su autismo. Esto es lo que ocurrió efectivamente con Jacqueline Léger: ella imitaba a sus hermanos y hermanas, actuaba como ellos, estudiaba cuidadosamente sus reacciones; ella *se disfrazaba* de ellos (Léger, 1997, p. 34). Es así que Jacqueline vivió sus primeros años esforzándose por ocultar sus dificultades

con el lenguaje y con la comprensión de las intenciones de los demás, llegando incluso a decir que vivía *a través de ellos*. Cabe precisar que, quien realmente encarnó su doble, quien ocupó un lugar central, a la manera de un espejo, fue su hermano dos años menor llamado Patrick, a quien ella se refiere como *un hermano supervivencia, un hermano salvador,* y del que también dice: “un hermano placenta… Mi doble, mi gemelo, mi reflejo”. A través de su relación con él, Jacqueline accedió al lenguaje, aprendió a leer y a escribir, pero también a relacionarse con los otros, a soportar de alguna manera la presencia de los demás y las demandas maternas. Este hermano, definido por ella como "extrovertido y hablador", le facilitó el tránsito por situaciones novedosas y, por lo tanto, dificultosas, y además fue soporte de un anonimato activamente sostenido que preservaba a Jacqueline del contacto y del conflicto con un Otro que por momentos se tornaba realmente insoportable.

3

En consonancia con lo previamente expuesto acerca de la función del doble, es posible sostener que los sujetos autistas, lejos de estar desprovistos de capacidad comunicativa, sí se comunican, sí son capaces de expresarse verbalmente y, de hecho, son sensibles al lenguaje. No obstante, esta capacidad no se manifiesta de manera directa o convencional, sino que está marcada por ciertas dificultades y particularidades inherentes a su modo de relación con el significante. En este sentido, la intervención de Maleval resulta especialmente valiosa, ya que aporta una perspectiva esclarecedora sobre la naturaleza de esta comunicación:

> Cuando el sujeto trata de comunicarse, lo hace esencialmente de un modo que no ponga en juego ni su goce vocal, ni su presencia, ni sus afectos. Si hay una constante discernible en todos los niveles del espectro del autismo, reside en la dificultad del sujeto para adoptar una posición de enunciador. Habla de buen grado, pero con la condición de no decir (Maleval, 2009, p. 71).

En el caso de Jacqueline, tanto la lectura como, posteriormente, la escritura, le ofrecieron una vía alternativa para comunicarse, una forma que le permitió expresarse sin las dificultades y miedos de la comunicación cara a cara. A través de

la escritura, la presencia del autor en la enunciación se ve mediada por el lápiz y el papel, de modo que la voz del escritor se proyecta de manera indirecta, dando lugar a una distancia entre él y el lector. Esta distancia, además, puede verse potenciada por el anonimato que el recurso literario brinda. Esto le permitió a Jacqueline obtener una comunicación posible, dotada de una cierta libertad y protección, lo que a su vez le posibilitó explorar y transmitir ideas sin las limitaciones que las interacciones personales directas significaban para ella.

A finales de segundo año de primaria, Jacqueline sólo sabía diferenciar las letras porque su madre se lo había enseñado, pero no comprendía lo que leía. Al finalizar la cursada, recibió de regalo un libro titulado "Nuevos cuentos de hadas de la Condesa de Ségur". En una entrevista que le realizaron en el año 2015, ella relata que al leer este libro, algo se modificó en su relación con el lenguaje. En la primera página, la siguiente frase tuvo un efecto revelador: "...le dijo entonces a su ministro Léger: Vaya querido, Léger. Léger se fue en el acto...". En ese momento, según explica en la entrevista, *las palabras le saltaron a la cara, le golpearon el rostro, y supo lo que era leer*, a la manera de un acontecimiento de cuerpo, mediante la acción de un significante cargado de goce. Luego de este momento de gran relevancia, Jacqueline terminó de leer el libro completo, sumida en la historia que la cautivó profundamente. Este encuentro inaugural con la narrativa dejó en la niña una huella duradera, quien no solo disfrutó de la trama, sino que también comenzó a reflexionar sobre las motivaciones de los personajes.

Poco tiempo después de este primer contacto con la lectura, su madre le obsequió una libreta, un objeto que, de manera similar a un objeto autista dinámico, jugó un papel fundamental en su proceso de comunicación. Este cuaderno le brindó la oportunidad de expresar sus pensamientos y sentimientos por primera vez hacia un adulto, de manera individual, a través de la práctica de la escritura sin depender de la mediación de sus hermanos, como había sucedido anteriormente. La libreta, entonces, a partir de ese momento componente esencial del neoborde pulsional de Jacqueline, no solo representaba un medio de expresión, sino también una herramienta para una cierta autonomía comunicacional. A lo largo de su adolescencia, y apoyada en este recurso, comenzó asimismo a desarrollar una mayor fluidez en su comunicación oral, lo que le permitió interactuar de manera más abierta y efectiva con sus pares, estableciendo conexiones sociales que antes le resultaban complejas e incluso imposibles. Corolario de esta travesía en la que la

pulsión invocante encuentra una amortiguación en las cualidades del grafema, podemos destacar dos recursos a los que se entrelazan nuevas derivaciones del amor fraterno. Por un lado, la estrategia de escritura de su testimonio, *Un autismo que se dice*…, organizado bajo la forma de un intercambio epistolar con David, un amigo imaginario. Por otro, la labor sostenida de Jacqueline como coordinadora de talleres de escritura. Ambos parecen poner en juego cierto borramiento peculiar de la propia voz en el que el necesario aislamiento autista no prescinde, sin embargo, del lazo con el otro.

CONCLUSIONES

Más allá de la controversia etiológica que pueda atribuírsele y que acompaña al cuadro clínico desde que Leo Kanner lo aislace en el año 1943, debemos reconocer que la expansión del diagnóstico de autismo ha llevado a reflexionar sobre las particularidades de su presentación y sobre las variadas características fenoménicas que se incluyen dentro de esa categoría. Resaltamos que, desde los inicios de la delimitación del campo de la Psicopatología infantil, los signos que le son propios se organizaban en tipologías que dejaban a la enfermedad mental del lado del déficit. Interesarse por el sujeto y sus manifestaciones sintomáticas ha determinado un cambio de perspectiva, aunque no se trata solamente de interpretar el síntoma desde el costado de sus significaciones. La noción de síntoma "como representante de la verdad" propuesta por Lacan en *Nota sobre el niño* (1969), nos invita a interrogarnos sobre la dimensión pragmática de su valor subjetivo, en tanto respuesta a un real que surge para él. En el caso del sujeto autista como modo -a la vez particular y singular- de tratamiento del goce vocal desamarrado de lo simbólico. Desde esta perspectiva, el autismo no es una enfermedad. En palabras de Maleval (2009), "en vano se intenta aprehender el autismo a través de la suma de síntomas: no es una enfermedad, es un funcionamiento subjetivo singular". (Maleval, p.21).

La categoría introducida por Kanner convocó el interés de algunos psicoanalistas que encuentran en esta afección un campo nuevo para la aplicación de las teorías freudianas. Tal como lo asevera Maleval, los cuatro grandes abordajes psicoanalíticos clásicos del autismo infantil poseen un punto en común: la intuición de que se trata de la patología más arcaica. Para Malher, la regresión libidinal más profunda; para Meltzer, el funcionamiento más desfalleciente del self; para Bettelheim, la respuesta a la angustia más extrema y para Tustin, el fantasma más catastrófico. Tales planteamientos convergen en una concepción del autismo como la patología más grave y de pronóstico más sombrío. Sin embargo, hoy en día, el psicoanálisis de orientación lacaniana relanza su propuesta de un abordaje del caso por caso; alternativa de gran relevancia frente a la tendencia cada vez más presente del discurso del Amo, en su actual versión. Esta última, sostenida en una lógica mercantil de "mientras más, mejor" en la clínica del autismo es llevada adelante por profesionales que empujan a estos sujetos a diversas terapéuticas de tinte psicoeducativo. Esta situación produce en muchas ocasiones forzamientos

contraproducentes, acompañados de tratamientos farmacológicos excesivos o precipitados, que terminan borrando cualquier tipo de singularidad.

En este sentido, considero que los interrogantes sobre las posibilidades de acceso a alguna dimensión del amor y/o a una vida más autónoma pueden quedar eclipsados por el imperativo patologizante de nuestra época. Este imperativo, alimentado por la compulsión del *furor curandis*, adhiere a la interpretación del autismo como una enfermedad deficitaria de origen biológico, neuronal o hereditario. Sin embargo, como se ha argumentado a lo largo de este trabajo, las personas autistas acceden eventualmente al amor en sus diversas manifestaciones —amor de pareja, fraternal, a la profesión, entre otros— aunque siempre en consonancia con la singularidad de su estructuración psíquica.

Para finalizar, señalaremos que a partir de la intersección entre los casos estudiados y el material bibliográfico seleccionado, se intentó fundamentar la hipótesis según la cual el amor en el autismo tiene una estructura metonímica/imaginaria y, a veces, una función reguladora de goce y de apertura al mundo. En contrapunto con el amor anaclítico conceptualizado por Freud, el lazo amoroso del autista se correspondería con el amor narcisista, que no responde a la castración simbólica. Tal sería el caso de Owen Suskind, un joven autista de alto nivel de funcionamiento, cuya fascinación por las películas de Walt Disney y una especial relación con su hermano mayor llamado Walter le permitieron emerger de una profunda soledad y alcanzar cierto grado de comunicación con otros, un trabajo y una vida independiente. La construcción de un objeto autista, posibilitada por la homofonía con el nombre de su hermano mayor, se complementa con la apoyatura en la imagen real de éste, que, a la manera de un doble, permitió que el sujeto volviera a dar forma a un yo previamente desintegrado y le sirvió como defensa específica para salir de la soledad. Este amor narcisista, en donde converge la materialidad de la lengua y la presencia física del semejante, hace las veces de lo que Eric Laurent llama borde autista. Ciertamente, el lazo fraterno promueve un viraje desde un islote de competencia tan solo tranquilizador hacia un Otro de síntesis dinámico, contribuyendo a la animación libidinal del sujeto y habilitándolo —aunque no sin esfuerzos— a adaptarse a situaciones nuevas y a dar pruebas de su creatividad.

En el caso de Jacqueline Leger, también sería posible dar cuenta de un pasaje, una transición desde un objeto autista simple a un objeto autista complejo,

con una mayor apertura al mundo. En un principio, vemos a una niña pequeña que vive a través de sus hermanos, que *habla con la condición de no decir*; más adelante, esta niña logra acceder a una posición de enunciación ayudándose con la mediación de la letra, de la escritura. A partir de allí, el desplazamiento de su neoborde pulsional le permitió una incorporación de objetos, personas e intereses, propiciando un enriquecimiento de su mundo subjetivo. De esta forma, considero importante destacar el papel central desplegado por la dimensión amorosa fraterna con su hermano Patrick, ya que, valiéndose de esta corriente imaginaria del amor, Jacqueline encontró la llave que le faltaba para abrirse al mundo. Fue precisamente este apoyo, representado por la presencia constante de su *doble*, lo que facilitó su acceso a una dimensión del lenguaje menos angustiante y más fluida, favoreciendo los avances significativos en su capacidad para expresarse y relacionarse con los demás, lo que constituyó el inicio de una serie de progresos posteriores.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Bayón, P. (2021). Temple Grandin: la interrupción del lenguaje y lalengua en el autismo. Revista De Psicología, 20(1), 76–88. https://doi.org/10.24215/2422572Xe119
- Asperger, H. (1938). "Das psychisch abnormale Kind“ (El niño mentalmente anormal).
- Asperger, H. (1944) “Psicopatía autística” en la infancia (traducción ficha de cátedra) en Frith, U. (Editor) (1991) Autism and Asperger síndrome. Cambridge University Press; 1999. Traducción a cargo de Carmen Talou y Gastón Piazze.
- Carbone, N. y Piazze, G. (2020) "El autista, del *aloness* al amor *sintético*" en Libro de Memorias del XIII Congreso Argentino de Salud Mental "Salud Pública y Salud Mental" y 6º Congreso Regional de la WFMH AASM CABA.
- Freud, S. (1904 [1903]/1991). El método psicoanalítico. En J. L. Etcheverry (Trad.), Obras completas (Vol. VII, pp. XX-XX). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1911): "Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente", en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2007, vol. XII.
- Freud, S. (1914). Introducción al narcisismo. Obras Completas, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S.: (1930) “El malestar en la cultura”, cap. IV. Amorrortu, Bs. Aires, 1986.
- Kanner, L. (1943/1993). Perturbaciones autísticas del contacto afectivo. Siglo Cero, 25. [Traducción de Sanz Vicario, T. sobre el original “Autistic disturbances of affective contact” publicado en Nervous Child, 2, (217250)].
- Kanner, L. (1943). “Trastornos autistas del contacto afectivo”. Revista Siglo Cero, 149, 1993, pp. 5-24.

- Kanner, L. (2023). "Irrelevant and metaphorical language in early infantile autism" (Carbone, N. y Piazze, G., Trans.) (Trabajo original publicado en 1946).
- Kanner, L. (2023). "Problems of nosology and psychodynamics in early infantile autism" (Carbone, N. y Piazze, G., Trans. (Trabajo original publicado en 1949).
- Kanner, L. (2023). "The conception of wholes and parts in early infantile autism" (Carbone, N. y Piazze, G., Trans. (Trabajo original publicado en 1951).
- Lacan, J. (1953-1954/2006). Seminario 1: Los escritos técnicos de Freud. (Traducción de Diana Rabinovich). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1956-1957/2006). Seminario 4: La relación de objeto. (Traducción de Diana Rabinovich). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1957-1958/2006). Seminario 5: Las formaciones del inconsciente. (Traducción de Diana Rabinovich). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1958-1959/2006). Seminario 6: El deseo y su interpretación. (Traducción de Antonio Freixas). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1962-1963/2006). Seminario 10: La angustia. (Traducción de Ernesto Hernández). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1964-1965/2006). Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. (Traducción de Juan Luis Delmont-Heinrich). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1971-1972/2006). Seminario 19: ... O peor. (Traducción de Ruth Bernal). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1972-1973/2007). Seminario 20: Aún. Buenos Aires: Paidós.
- Laurent, E. (2013) La batalla del autismo: de la clínica a la política. Buenos Aires: Grama Ediciones.

- Laurent, E. (2021). Variedades de la letra y objetos autísticos. Revista De Psicología, 20(1), 8–21. https://doi.org/10.24215/2422572Xe113
- Léger, Jacqueline (2002) Un autisme qui se dit...Fantome mélancolique. L´Harmattan. Collection "Psychanalyse et civilisations". Paris, France.
- Maleval, J.-C. (2009) “El autista y su voz”. Editorial Gredos, Buenos Aires, 2012.
- Manzotti, M. (2021). Autismo– Transferencia. La contingencia del encuentro. Revista de Psicología, 20(1), 89– 97. https://dx.doi.org/10.24215/2422572Xe120
- Miller, J-A. (1992) “Les Labyrinthes de l´amour”. En La Lettre mensuelle, 109, Paris, Ecole de la Cause Freudienne, mai, 1992.
- Murphy, J. (9 de abril de 2018). Walking with Owen. Geek Club Books. Recuperado de: https://geekclubbooks.com/walking-with-owen-suskind/.
- Piaggi, Marcela Beatriz (2021). Borde y neo-borde en el autismo. XIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVIII Jornadas de Investigación. XVII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. III Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. III Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Piro, María Cristina. (2017) El autismo. Perspectivas teórico-clínicas y desafíos contemporáneos. La Plata, EDULP.
- Robison, J. (2007) Look me in the eye. Three rivers press, New York.
- Schejtman, F. (2014). ¿Qué es un agujero? En J.-A. Miller y otros, Estudios sobre el Autismo (pp. 73-92). Buenos Aires: Colección Diva
- Tendlarz, S. y Alvarez Bayón, P., ¿Qué es el autismo?, Diva, Buenos Aires, 2013.
- Williams, R. R. (Director). (2016). Life Animated [Vida animada]. Motto Pictures; A&E IndieFilms; Roger Ross Williams Productions.